

Sin embargo, la poesía y la tradición populares han amplificado, pero no alterado los rasgos de esa grande y admirable fisonomía. El Carlomagno de los poetas de «Gestas,» que combate contra los vasallos rebeldes ó felones, que va á la guerra con su hermano el papa, que visita como peregrino Tierra Santa, donde Harún-al-Raschid le hace los honores, ó dirige en la cruzada á los caballeros de la cristiandad; ese guerrero cuya estatura equivalía á «ocho pies como los suyos, que eran muy largos,» y tan vigoroso que de un tajo de su espada partía en dos jinete y caballo armados de pies á cabeza; ese letrado, ese sabio á quien se atribuye la fundación de la Universidad de París, es Carlomagno, cuya personalidad ha agrandado la posteridad del mismo modo que el sol poniente alarga la sombra de un cuerpo sin desfigurarlo.

CAPITULO V

LA DESMEMBRACIÓN DEL IMPERIO CARLOVINGIO
(814-888). CARLOS EL CALVO (1)

I. Reinado de Ludovico Pío.—II. Guerra de los tres hermanos y tratado de Verdún.—III. El reino de Francia occidental.—IV. Carlos el Calvo, rey de Lorena y emperador.—V. Los sucesores de Carlos el Calvo. Sitio de París por los normandos.

I.—Reinado de Ludovico Pío (2)

Ya hemos visto los obstáculos que Carlomagno había encontrado en todas las partes de su gobierno; pues bien, en su tiempo, las dificultades acababan de nacer y no eran todavía invencibles, pero se hicieron más terribles con el tiempo. La desaparición de los hombres libres tuvo graves consecuencias: los que habían abandonado su libertad y sus bienes formaron, bajo la dirección de los señores en cuyo servicio entraron, grupos que poco á poco se substraerán á la autoridad real; y los condes, que hartas tendencias á la infidelidad tuvieron durante el reinado del mismo Carlomagno, continuaron usurpando los derechos del Estado. Ya hemos dicho, y en otro capítulo lo demostraremos, que en la

(1) FUENTES.—Los Anales regios son la fuente más importante de este período, que abarcan por entero. Los de Lorsch terminan en 829, pero después de esta fecha tienen una doble continuación en los *Annales de Saint-Bertin*, por lo que toca á Francia, y los *Annales de Fulde*, por lo que se refiere á Alemania. Últimamente han sido editados en los *Scriptores rerum germanicarum in usum scholarum*. Los documentos legislativos de los emperadores y de los reyes han sido coleccionados por Boretius y Krause, *Capitularia regum Francorum*.

OBRAS DE CONSULTA.—Además de las historias generales de los carlovingios ya citadas y de las *Regesta imperii* de Böhmer-Mühlbacher, existen dos obras de conjunto para consultar: Simon, *Jahrbücher des fränkischen Reichs unter Ludwig dem Frommen*, dos volúmenes, 1874-1876, y Dümmler, *Geschichte des ostfränkischen Reichs*, segunda edición, tres volúmenes, 1887-1888. Las demás fuentes y los libros especiales serán indicados en el curso del capítulo.

(2) FUENTES.—*Annales de Lorsch* y de *Saint-Bertin*, *Vies de Louis le Pieux*, por Thegán y el supuesto Astrónomo. *Poème d'Ermold le Noir* sobre Ludovico Pío, edición Dümmler. *Oeuvres d'Agobard*, en Migne, «Patrologie latine,» tomo CIV. *Vies de Wala et d'Adalard*, por Páschase Radbert, en los *Monumenta Germanie historica*, serie en folio, «Scriptores,» tomo II. Boretius y Krause, *Capitularia regum francorum*, tomos I y II.

OBRA ESPECIAL DE CONSULTA.—Himly, *Wala et Louis le Debonnaire*, 1849.

monarquía carlovingia todo se encaminaba hacia el fraccionamiento feudal.

Había, sin embargo, hombres para defender el ideal de la unidad contra las realidades: tales fueron Wala y Agobardo. El primero, hermano menor de Adalardo, había nacido «para la pelea y la discordia;» pero había adquirido gran experiencia en el ejercicio de las más elevadas funciones diplomáticas y administrativas. Agobardo reemplazó á Leidrado en el arzobispado de Lyon y fué un polemista vigoroso, «siempre dispuesto á combatir contra los corruptores de la verdad, con la palabra y con la pluma,» el primer publicista moderno, se ha dicho. Formados en la escuela de Carlomagno, estos hombres admiraban el Estado carlovingio que abrazaba tantos pueblos diversos. Un poeta de su partido declara que sólo ha de haber un señor en la tierra como en el cielo, y Agobardo llega á condenar hasta el sistema de la ley personal:

«¡Nada de gentiles, de judíos, de bárbaros, de escitas, de aquitanos, de lombardos, de borgoñones ni de alemanes! Si Dios ha padecido para aproximar en su sangre á los que estaban apartados, para destruir el muro de separación, para que en Él desapareciera toda enemistad, para que todos se reconciliaran en el cuerpo de Dios, yo os pregunto: ¿acaso á este trabajo divino de la unidad no se opone esa diversidad de leyes que impera no sólo en cada región y en cada ciudad, sino además en la misma vivienda y en la misma mesa?»

Esto no era más que un sueño que se desvaneció ante la fuerza de los hechos y muy rápidamente, porque el sucesor de Carlomagno no era el hombre de las tareas difíciles.

Así que tuvo noticia de la muerte de su padre, Luis, que en aquel entonces se encontraba en Doué (3), en Aquitania, partió para Aquisgrán, en donde hizo su entrada en 27 de febrero de 814. El nuevo emperador contaba treinta y seis años; tenía los ojos grandes y claros, la nariz larga y recta, ancho el pecho, robustos los brazos y la voz fuerte. Su placer favorito era la caza á la que se entregaba «desde la época en que los ciervos engordan hasta el momento de los jabalíes,» y nadie le aventajaba en tender un arco ó lanzar una azagaya. Pero Carlomagno, al mismo tiempo que lo criaba «según la costumbre de los francos,» le hacía instruir; Luis sabía leer el griego y el latín y entendía el sentido de las Sagradas Escrituras. Por otra parte, era sobrio, modesto en el vestir, generoso para los pobres, tolerante, de gran pureza moral y gran amigo de San Benito de Aniano; muy piadoso y devoto, lloraba mientras rezaba é inclinaba su frente hasta tocar el suelo de la iglesia, de donde el nombre de Pío (*pius, almus*) que le dieron sus contemporáneos. Bajo apariencias de firmeza escondía un alma dulce y afable, y de aquí el sobrenombre de Bondadoso que se le dió después. Semejante hombre era incapaz de sostener el esfuerzo que había hecho Carlomagno para disciplinar aquel imperio cuya existencia estaba amenazada por tantos peligros.

Dejando el título de rey de los francos, Ludovico Pío comenzó por tomar el de emperador, y aunque ya había sido coronado por su padre, hízose coronar en Reims por Esteban V, en octubre de 816. Al año

(3) Doué la Fontaine, en el departamento de Maine y Loira.

siguiente, en el mes de julio, fueron convocados en Aquisgrán «los obispos, los abades, los condes y la generalidad de todo el pueblo,» y después de tres días de ayuno, de limosnas y de oraciones, decidióse mantener la unidad del imperio, bien que dividiéndolo en reinos.

De su esposa Hirmingarda, hija del conde Ingoramo, había tenido el emperador tres hijos: Lotario, que era el mayor, Pipino y Luis. Pipino había recibido la Aquitania y la Gascuña, toda la marca de Tolosa, y los condados de Carasona en Septimania, y de Autún, Avalot y Nevers, en Borgoña; Luis recibió la Baviera, los países de los carinthios, de los bohemios, de los avaros y de los eslavos, situados al Este de Baviera. Pero Lotario fué «el asociado y el heredero» del poder paterno, siendo puestos bajo su dependencia sus dos hermanos, quienes una vez al año habrán de visitarle para llevarle presentes y «para enterarse de las medidas que se han de adoptar en interés de la paz perpetua.» Les está prohibido firmar una paz ó emprender una guerra contra las naciones enemigas y casarse «sin el consejo ó el consentimiento de su primogénito;» pero dispondrán á su antojo, en sus reinos, del producto de los impuestos y de las dignidades. Si Lotario cree que gobiernan mal, les advertirá tres veces, y si no se le hace caso, obrará en virtud de su autoridad imperial.

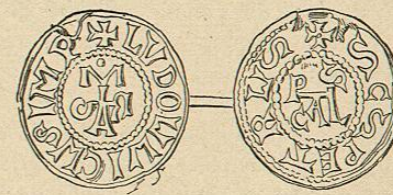
El documento en que tales reglas se consignaban fué aprobado por el papa; todos los habitantes del imperio juraron respetarlo y los magnates renovaron su juramento en 1.º de marzo de 821, en la asamblea de Nimega. Lotario, que fué coronado en Aquisgrán en 817, lleva el título de Augusto desde 18 de diciembre de 822 y á partir de 825 su nombre figura en los diplomas imperiales. En el entretanto, Wala, que ha sido nombrado su «preceptor,» se lo lleva á Roma y le hace dar, en 5 de abril, la diadema por el papa Pascual, sucesor de Esteban V. Desde aquel momento es el asociado de su padre «por la santificación no menos que por su poder y su título.»

Casi inmediatamente después de promulgada el acta de 817, sublevóse Bernardo de Italia, que desde hacía tiempo había tenido veleidades de independencia. Cuando murió Carlomagno, aparentó ignorar que éste tenía un sucesor; pero más adelante le prestó juramento y asistió á las asambleas de Aquisgrán y de Paderborn. Después de promulgada la nueva ley que le ponía bajo la soberanía de Lotario, se rebeló. Ludovico Pío, que regresaba de una cacería en los Vosgos, avanzó hasta Chalón-sur-Saone; el rebelde Bernardo, á quien sus partidarios abandonaban, acudió á aquella ciudad y se arrojó á los pies de su tío. El tribunal de los francos, que celebraba sus audiencias en Aquisgrán, le condenó á él y á sus cómplices á muerte, pena que le fué conmutada al rey de Italia, á quien le quemaron los ojos, habiendo fallecido á consecuencia de tan atroz operación (1). Poco tiempo después, el emperador Luis, trastornado por aquella muerte y conturbado por la idea de sus faltas y de sus pecados, quiso «imitar el ejemplo del emperador Teodosio,» y en su palacio de Attigny confesó que «en su vida, en su fe y en sus confesiones había sido tan á menudo culpable, que le sería imposible enumerar todas las circunstancias en

(1) Véase Bartolomé Malfatti, *Bernardo re d'Italia*, 1876.

que había desfallecido.» Esta penitencia pública no era un acto de emperador.

Sin embargo, el reinado de Carlomagno aparentemente continúa en el de su hijo. Toda una serie de capitulares recomienda á los obispos y á los condes que vivan en buena inteligencia y se ayuden los unos á los otros; la función de los missi parece muy activa y en 825 los centros de los *missatica* son Besanzón, Maguncia, Tréveris, Colonia, Reims, Noyón, Sens, Ruán, Tours y Lyon; y las grandes asambleas celébranse como en el pasado en Aix, Paderborn, Thionville é Ingelheim, asistiendo á ellas los representantes de la Sede apostólica, de los príncipes de los croatas y de los eslovenos, del califa de Córdoba, del rey de los búlgaros, el abad del Mont-Olivier y los bizantinos que acu-



Moneda del papa Pascual I

dieron para renovar el pacto de alianza firmado por su señor con Carlomagno.

También era continuar la política de Carlomagno el acometer la empresa de la sumisión de los bretones, quienes se habían creído bastante fuertes para negar la obediencia y nombrar rey á uno de los suyos, Mormán; pero habiendo éste sido muerto en 818, «no hubo bretones que se negaran á ejecutar las voluntades del emperador ó á entregarle rehenes.» Una sublevación obligó á Luis á ir en 824 á aquel país, que devastó por completo. Casi todos los caudillos bretones com- 825 parecieron en la asamblea de 825, y aparte un movimiento insignificante que estalló en 830, la Bretaña permaneció tranquila hasta el fin del reinado.

Merced á afortunadas expediciones contra los eslavos, wiltzes ú obodritas, reinaba la seguridad á lo largo de las fronteras del Este. En estas regiones, el avance de los misioneros había sido contenido por los daneses, por lo que Luis, de acuerdo con el papa Pascual, decidió hacerlas evangelizar por uno de sus antiguos discípulos, Ebbón, arzobispo de Reims; hijo de un esclavo del fisco real manumitido por Carlomagno, é instruído en el palacio, Ebbón había sido elevado á la dignidad episcopal «á causa de su ciencia y de su mérito.» Partió acompañado de Halitgario, obispo de Cambrai, y unió sus esfuerzos á los de Anscario y de sus compañeros que trabajaban por la propagación de las creencias cristianas en la región inmediata á la desembocadura del Elba, en donde estaban en contacto sajones, eslavos y daneses. Fundáronse en aquella ocasión el monasterio de Corvey ó de la Nueva Corbie y el arzobispado de Hamburgo, y un príncipe de Dinamarca, Haraldo, fué al palacio de Ingelheim á recibir el bautismo con su esposa, su hijo y cuatrocientos de los suyos, celebrándose con este motivo en mayo de 826 grandes fiestas á las que asistió toda la corte. Como decía el biógrafo Wala, «la unidad y la dignidad del imperio subsistían para la defensa de la patria y la sal-

vación de las iglesias;» pero bien pronto se vieron una y otra amenazadas.

Muerta Hirmingarda en 818, Ludovico Pío habíase casado al año siguiente con Judith, hija del conde Welf de Baviera. La nueva emperatriz era una mujer seductora por su incomparable belleza y por las gracias de su ingenio y de ella dicen los contemporáneos que era «amiga de la luz» y aficionada á la música y que «recordaba á la antigua Judith.» De esta unión nació el 13 de junio de 823, en Francfort, un hijo que será Carlos *el Calvo* y para dotar al cual quebrantó el emperador la constitución de 817. Dirigióse en primer término á Lotario, quien consintió en que su padre diera á Carlos «la porción de reino que quisiera,» si bien instigado por los condes Hugo y Matfrido volvió sobre su acuerdo. En la asamblea de Aquisgrán, de febrero de 828, Luis quitó á los dos condes una parte de sus bienes, y en el mes de agosto de 829, en Worms, dió á Carlos la Alamania, la Alsacia, la Rhecía y una parte de la Borgoña con el título de duque. Lotario fué enviado á Italia y su nombre quedó borrado de los diplomas imperiales; los principales partidarios de la unidad quedaron descartados, y Bernardo, conde de Barcelona, hijo de Guillermo de Tolosa, que había entrado en el palacio con el título de camarero, llegó á ser el favorito del emperador y de la emperatriz y el «segundo en el imperio.»

Los hijos del emperador estaban irritados con la donación de Worms y con ellos hicieron causa común Wala y sus amigos, formándose entonces un gran partido de oposición. Censurábase á Luis por haber escuchado las inspiraciones de la carne y sin motivo serio violado el pacto de Aquisgrán y expulsado á los mejores defensores del imperio; y á Judith, «la causa de todo mal,» se la acusó de sostener con Bernardo relaciones ilícitas y de tramar el asesinato de los hijos del emperador. Mientras éste se dirigía á Rennes, en donde había convocado el ejército para ir contra los bretones, Pipino de Aquitania y Lotario se reunieron en Compiègne en el mes de mayo de 830. Luis no se defendió contra ellos, Bernardo emprendió la fuga, Judith entró en el monasterio de Sainte-Radegonde de Poitiers y el joven Carlos perdió su dote. Reapareció el nombre de Lotario en los documentos oficiales y el emperador hizo en Compiègne, en presencia de sus hijos y de sus magnates, la siguiente declaración: «Doy gracias á Dios Todopoderoso, que ha dado una salida pacífica á este conflicto; me comprometo á no hacer nada en lo sucesivo sin vuestro consejo, y decreto y quiero que el imperio permanezca tal como fué organizado en otro tiempo con vuestro concurso.»

Pero Ludovico Pío no cumplió su promesa. Deseoso de volver á ver á su esposa y á su hijo, hizo que del partido de Lotario se separaran Pipino y Luis prometiéndoles que les aumentaría sus reinos. Los sajones, á quienes había tratado bien y restituido sus antiguas leyes, acudieron en gran número á la asamblea celebrada en Nimega en octubre de 830, y los obispos autorizaron el regreso de Judith y de Carlos. La emperatriz, «que convertía los corazones de los hombres á todo cuanto quería,» tomó su desquite y el de su hijo.

En Aquisgrán, en el mes de febrero de 831, el imperio, hecha abstracción de la Italia, que continuaba sien-

do de Lotario, fué dividido en tres partes: Pipino obtuvo la Aquitania, el país entre el Loira y el Sena y allende este último río el territorio limitado por los condados de Chalón-sur-Marne, de Meaux, de Amiéns y de Ponthión; Luis recibió la Baviera, la Thuringia, la Sajonia, la Frisia y la antigua Austrasia, formando los límites de su lote por el lado Oeste los condados del Vermandois, del Artois y del Boulonais; y á Carlos le correspondieron, además de la Alamania, toda la Borgoña, excepto la parte asignada á Pipino, la Provenza, toda la Septimania y en la «Francia media» (1) los territorios de Woevre, de Vouziers y de Mezieres, el Porcién y los condados de Reims, de Laón, del Mosela y de Tréveris. Lotario, cuyo nombre volvió á desaparecer de las fórmulas cancellerescas, regresó á Italia «después de haber prometido que en adelante nada haría contra la voluntad de su padre,»

Este arreglo fué causa de nuevos disturbios: Pipino y Luis reclamaban una participación en el gobierno general del imperio; el primero negóse á obedecer al emperador, que quería mandarlo de nuevo á Aquitania, y el segundo atacó la Alamania concedida á Carlos. Ludovico Pío fué á Augsburgo y obligó á Luis á abandonar la lucha, apoderándose luego de Pipino, que fué encarcelado en Tréveris, y dando á Carlos la Aquitania. Pero habiendo logrado Pipino escaparse, sus hermanos y los partidarios de la unidad se declararon en favor suyo y otro tanto hicieron multitud de descontentos, de ambiciosos y de buscadores de fortuna. Lotario llegó de Italia, y Luis, de Baviera; y estalló entonces la segunda rebelión, dirigida por los mismos hombres que la primera y justificada por los mismos agravios. Agobardo dirigió al pueblo un vigoroso llamamiento: «El destierro de aquellos que, educados en los honores por el emperador, han ocupado el primer puesto en su palacio, ha introducido gran perturbación en el Estado, no existiendo el peligro sólo en el interior, sino que también en el exterior. Los ejércitos que deberían ser enviados contra las naciones extranjeras para conquistarlas, se emplean en preparar la guerra civil. ¿Dónde está la antigua grandeza del imperio de los francos? Si Dios no interviene, pronto será entregado sin defensa á los golpes de los paganos.» El documento termina invitando á todos los que aman á Dios, al rey y el reino, para que trabajen en común «por la paz y por la unidad.» El papa Gregorio IV resolvió intervenir personalmente: en su calidad de «honor y doctor del pueblo,» tomó el camino de la Galia para unirse á los defensores de la unidad, ese «don de Cristo.»

Esta vez el emperador quiso resistir, y entrando en campaña encontró, en 24 de junio de 833, á los coligados en la llanura de Alsacia, en el Rothfeld, entre Colmar y Basilea. Gregorio, Lotario, Luis y Pipino hallábanse rodeados de una «gran multitud de hombres;» pero los dos bandos temían la batalla, por lo que entraron en negociaciones. Lotario fué á encontrar á su padre, mas nada obtuvo de él; no fué más afortunado el papa, cuya presencia, y sin embargo, conturbaba á los magnates, entre los cuales corrían rumores de que los desfiladeros de los Alpes se habían abierto milagro-

(1) Respecto de la denominación de Francia media, véase más adelante, pág. 402.

samente ante el Sumo Pontífice. Poco á poco, los partidarios de Ludovico Pío abandonaron á su señor, terminando aquel éxodo en la noche del 29 al 30 de junio; á la mañana siguiente, todas las tiendas aparecieron instaladas alrededor de la de Lotario. Quedábanle sólo al emperador algunos leales á quienes él mismo envió al campamento de su hijo adonde muy pronto debía seguirles. «Aquel lugar, tachado para siempre de infamia, dice un contemporáneo, se llamó desde entonces *Campo de la Mentira* (Lügenfeld).»

En la asamblea celebrada en Compiègne en 1.º de octubre de 833, Ebbón y Agobardo, actuando de acusadores públicos, reprocharon á Ludovico Pío que hubiera de tal modo envilecido la herencia del gran Carlos, que el imperio, en otro tiempo tan vasto, unido y pacificado, habíase «convertido en motivo de tristeza para sus amigos y de irrisión para sus enemigos.» En 7 de octubre, el desgraciado príncipe fué conducido á la iglesia del monasterio de Saint-Medard de Soissons, en donde estaban reunidos los obispos, los presbíteros, los diáconos, una multitud de clérigos, el emperador Lotario, los magnates y todo el pueblo que la nave podía contener; y prosternado ante el altar sobre un cilicio, recibió de manos de los obispos una lista de los crímenes de que se reconocía culpable, y después de haberla leído en alta voz, quitóse él mismo su tahalí, colocándolo encima del altar, se desnudó y tomó el hábito de penitente: «Después de lo cual, dice el acta de la ceremonia, nadie vuelve ya á la milicia del siglo.» Judith fué desterrada á Tortone, en Italia, y Carlos encerrado en el monasterio de Prüm. Entonces se resolvió proceder á un nuevo reparto de los Estados carlovingios, reparto que apenas conocemos, sabiendo únicamente que otorgaba á Luis la Alamania y la Alsacia. En lo sucesivo, sólo figuró en los diplomas imperiales el nombre de Lotario, que tenía el gobierno de todo el reino (*totius regni monarchiam*).

Sin embargo, la coalición formada contra Luis no era sólida, pues en ella habían entrado elementos de toda clase que no tardaron en disgregarse. Los caudillos del partido victorioso descontentaron á todo el mundo con su actitud altanera y su codicia; el papa volvió á pasar los montes «tristemente;» y la conciencia pública se declaró contra aquellos que, al sostener á los rebeldes contra su padre, habían desobedecido el mandamiento que dice «honrar padre y madre.» Después de la publicación de los tratados de Rabán Maur y de Jonás de Orleans, que recordaban los deberes de los hijos para con sus padres y de los súbditos para con sus reyes, produjéronse algunas manifestaciones de arrepentimiento. Por último Lotario mostrábase débil é irresoluto y sus hermanos, envidiosos de él, conspiraban contra su autoridad.

Luis avisó á su padre que trabajaba para libertarle, y Pipino hizo causa común con Luis. En el mes de febrero de 834 quedó organizado y dispuesto á ponerse en marcha un ejército del que formaban parte aquitanos y ultrasequanos, mandados por Pipino, y bávaros, austrasios, sajones, alamanes y francos de «aquende la Charbonniere,» á las órdenes de Luis. Lotario, llevando consigo á Ludovico Pío, retrocedió hasta París, pero cercado en Saint-Denis, abandonó á su prisionero, y en 28 de febrero emprendió la retirada; en el mes de

agosto, encontrábase delante del castillo de Blois al frente de un ejército extenuado por largas marchas, y por consejo de Wala se sometió á su padre «jurándole fidelidad y prometiéndole que obedecería sus órdenes, que iría á Italia y que no saldría de allí sin mandato suyo.»

Mientras repasaba los Alpes, los obispos y los abades de casi todo el imperio, reunidos en Thionville, proclamaban á Ludovico Pío inocente de los crímenes que en otro tiempo se le imputaran, y el emperador, que ya en Saint-Denis había recobrado las armas y el traje real con aprobación del obispo, fué restablecido en su trono en San Esteban de Metz, el 28 de febrero de 835.

Dominado cada vez más por su esposa, Ludovico Pío no tuvo ya más que una idea, la de asegurar á su hijo menor para después de su muerte un reino considerable. A fines de 837, «á instancias de Judith,» dió á Carlos la Frisia, el país situado entre el

837

Mosa y el Sena y varios condados borgoñones; en septiembre de 838 le hace coronar rey en Quierzy-sur-Oise y todavía aumenta su lote con toda la Galia occidental, entre el Sena y el Loira; y en la asamblea de Nimega, celebrada en el mes de junio anterior, había ya despojado á su tercer hijo, Luis, de la Sajonia, de la Thuringia, de la Austrasia y de la Alamania. Su intención en aquel momento era

hacer de Pipino el protector de su joven hermano; pero habiendo muerto Pipino en 13 de diciembre de 838, el emperador se dirigió á Lotario, que desde hacía tres años vivía retirado en Pavía, y le hizo saber que «si consentía en ser tutor y protector de Carlos, podía regresar desde luego, pues todas sus pasadas malas acciones le serían perdonadas y además tendría la mitad de la monarquía.»

Lotario aceptó y se presentó en Worms en 30 de mayo de 839; y cuatro ó cinco días después la monarquía carlovingia quedó dividida en dos partes, cuyo límite, de Norte á Sur, seguía el Mosa desde sus fuentes, tocaba al Mosela en Toul, atravesaba la Borgoña, dejando al Oeste el condado de Langres, el *pagus Attoariorum*, el *pagus Amans* y los condados de Chalón, de Lyon y de Ginebra, y llegaba al Mediterráneo por la cresta de los Alpes. Lotario escogió la parte oriental; la otra correspondió á Carlos. Después de muerto su padre, Lotario debía además llevar el título imperial, que no se sabe tuviera aneja ninguna prerrogativa, y tenía el deber de proteger á Carlos, su hermano menor y su ahijado, el cual á su vez había de honrar convenientemente á su hermano mayor y padrino. Pero, una vez cumplidas estas obligaciones fraternales, cada príncipe sería señor absoluto en su reino.

Ludovico Pío sobrevivió muy poco á los convenios de Worms. Los aquitanos habíanse negado á aceptarlos en lo que á ellos concernía y habían proclamado rey á Pipino II, el hijo primogénito de su antiguo rey. El emperador se encaminó á Aquitania, pero al llegar á Poitiers supo que Luis trataba de reconquistar los territorios que el último reparto de Worms le había arrebatado, en vista de lo cual regresó precipitadamente á



Sello de Ludovico Pío